

Ojos de repuesto

Los primeros botones aparecieron una mañana en la bandeja del desayuno. Carla vivía sola desde hacía unas semanas, en el departamento que había heredado de su tía abuela. La bandeja estaba servida, como siempre, por la señora Ofelia, la encargada del edificio, que se ofrecía a llevarle café con tostadas “para que no se sintiera tan sola”.

—Te cuido como cuidé a la señora Norma —decía con una sonrisa que duraba un segundo más de lo necesario.

Carla no tenía fuerzas para rechazarle nada. Estaba triste, lejos de sus padres, recién llegada a la ciudad y sin conocer a nadie. Así que aceptaba los desayunos, las visitas breves, y también los botones. El primero era negro, de dos agujeros, y estaba justo en el borde del platito de la manteca. Pensó que se le había caído a Ofelia.

—Los botones no solo ven, querida —dijo una tarde mientras limpiaba el polvo invisible del marco de una foto—. También recuerdan.

Esa noche Carla soñó que sus párpados estaban cosidos. Al despertar, encontró hilos sueltos en la cama y una marca roja en la sien. El cajón de la mesa de luz estaba abierto.

Quiso llamar a sus padres, pero cada vez que intentaba hacerlo, la señal se perdía. Y siempre, sin falta, Ofelia aparecía minutos después con otra bandeja y otro botón.

Una tarde encontró en el fondo del ropero una muñeca de trapo con su cara. Tenía botones negros por ojos y una boca cerrada con hilo rojo. Una etiqueta decía: **CARLA – EN PROCESO.**

Intentó huir del departamento. No pudo. Las llaves no abrían, el ascensor no respondía. La puerta principal estaba clausurada. Las ventanas parecían selladas desde fuera.

Los días siguientes se disolvieron como tinta en agua. Carla ya no sabía si soñaba o estaba despierta. Empezó a ver figuras con ojos de botón en los reflejos. Escuchaba agujas arrastrarse por el suelo por las noches, el aire estaba espeso.

Hasta que llegó la última noche. Carla no podía moverse. Estaba atada a la cama con cintas suaves como manos. Ofelia apareció con un frasco en las manos. Dentro, algo flotaba en un líquido espeso: dos globos oculares, humanos, los suyos.

—Los sacamos anoche, mientras dormías. Ya no te hacían falta —
susurró, acariciándole el cabello con dedos secos.

Carla quiso gritar, pero la boca también estaba cosida. Ofelia tomó dos botones nuevos del bolsillo de su delantal. Eran más grandes. Más profundos. Al acercarlos, Carla sintió que el aire se iba apagando, como si la habitación se hundiera bajo el agua.

—Con estos vas a ver el otro lado —dijo.

Y se los cosió. Con paciencia. Crujiendo cada puntada como si fuera hueso.

Al día siguiente, Ofelia limpió el departamento con esmero. Puso flores frescas y aromatizó el ambiente. Aunque, en la estantería, una nueva caja, rotulada: **CARLA – TERMINADA.**

Y desde la penumbra del sótano del edificio, una hilera de muñecas con nombres distintos abría sus ojos de botón hacia la oscuridad

mientras esperaban...

Autor: Rached Juan Bautista